



## Quando un hermano nos deja Una reflexión acerca de la enfermedad y la muerte



Bajorrelieve en bronce,  
*La muerte de Della Torre*,  
por Il Riccio, siglo XVI.  
Museo del Louvre, París.

**T**odo acontecimiento en la vida, por muy doloroso que sea, puede servir para madurar, crecer, adquirir sabiduría y fe. Intentar sacar alguna lección de él, puede ayudar a aliviar el dolor. La muerte de Emilio, uno de los hermanos más antiguos de la comunidad de Barcelona, tras una larga enfermedad, nos deja algunas lecciones que quiero compartir sobre la enfermedad, la muerte y la esperanza cristiana. Esta reflexión es abordada desde la vida que vivimos diariamente, en nuestro presente, y desde la vida futura que nos espera.

**La vida es para ser vivida en su plenitud.** La vida es un don de Dios y debemos esforzarnos para vivirla con la mayor calidad posible en todas las áreas de nuestra existencia. Jesús dijo: «Yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia». (Juan 10:10). Debemos reconocer las limitaciones de una vida plena, pues sólo podrá darse de forma plena en la eternidad. Sin embargo, ahora, todo aquello que venga a perturbar esa plenitud debe ser superado con esfuerzo constante.

El deseo de vivir no debe ser una teoría, sino una actitud vital, incluso cuando llega una enfermedad incurable. El luchar contra la enfermedad como lo hizo Emilio durante dos largos años y el deseo de superarla, nos muestra el deseo de vivir que debería tener el ser humano. Hay que considerar, en este aspecto, los recursos de la medicina tales como los médicos, tratamientos y

medicamentos, como dones por parte de Dios que para nada están reñidos con la fe.

Pero una vez dicho esto, también es importante reconocer los límites de todo recurso humano. Ante esos límites, se denota sabiduría, fe y madurez por parte del enfermo cuando, en diálogo con los médicos y la familia, se llega a la conclusión de que «hasta aquí hemos llegado con los tratamientos de la medicina». Es en éste momento, nada fácil, cuando desde la fe se acepta que ya no vale la pena vivir porque la vida ya ha perdido su belleza y su plenitud. Ha llegado la hora pues de dejarla.

**La fe que nos sostiene.** Es evidente que la fe, durante la enfermedad y también cuando llega la muerte, será siempre esencial tanto para el enfermo como para la familia. Será imprescindible para hacer frente al «último enemigo», según dice San Pablo en 1ª Corintios 15:26.

Cuando la fe acompaña al enfermo durante la enfermedad, le permite enfrentarse al dolor, pero

*Sigue en la página 3.*

### También en este número:

Noticias de nuestras iglesias	2
De generación a generación	4
Troya: Cuando pasó Pablo	6
El libro de Génesis	8

La fe es la mejor solución, la fundamental, la decisiva para enfrentar el proceso del deterioro de la enfermedad y también la muerte.

## Noticias de nuestras iglesias

**Burgos** — El pasado día 8 de Mayo, las iglesias evangélicas de Burgos ofrecieron un espectáculo evangélico con uno de los grupos de Jesus Revolution. El acto con música y danza, destinado al público juvenil, se celebró en la Plaza de la Flora, en el casco histórico de Burgos con un buen número de asistentes. Aunque todo el día estuvo lloviendo, paró a partir de las nueve de la noche, que es cuando empezó el espectáculo. (Foto arriba.)



**Burgos** — El pasado sábado día 15, La Casa Grande organizó una *Tarde Africana*, en el local de nuestra comunidad. Dentro del programa al que asistieron unas 80 personas, hubo una proyección en pantalla gigante del reportaje de vídeo que Nicolás y Blanca han traído de su reciente visita a Benín. También aprovechamos que ese fin de semana estaba con nosotros Steve Wiebe-Johnson, responsable de MMN (*Mennonite Misión Network*) para África y dio una charla acerca de su experiencia en África, donde ha vivido en varios países con diferentes proyectos. Además se ofreció una merienda solidaria cuyos beneficios se destinarán al Proyecto Benin y también estuvo abierto un mercadillo de artesanía beninesa. (Fotos medio y abajo.)



**Agradecemos** a Agustín Melguizo las noticias y fotos de Burgos que nos ha mandado este mes. Recordamos a todos nuestros lectores que es vocación de *El Mensajero* divulgar noticias de todo tipo relacionadas con la vida de nuestras iglesias menonitas y de Hermanos en Cristo en España. Sin embargo, naturalmente, sólo podemos publicar aquellas noticias de las que tenemos conocimiento en esta redacción. —La dirección



**Cuando un hermano nos deja**  
*Viene de la página 1.*

también —¡y por qué no!— creer en el milagro de la curación. La forma de reaccionar ante la enfermedad es más importante que la enfermedad misma, porque hay efectos curativos de la fe como la confianza, la tranquilidad de espíritu y la paz interior, donde uno descubre que la vida es mucho más que una realidad física. Y si la curación no llega, aparece la esperanza de un nuevo cielo y una nueva tierra.

**Es evidente que los amigos y los hermanos que nos acompañan en los momentos más duros de la vida no se improvisan. Se deben sembrar y cultivar a lo largo de toda la vida.**

Esta esperanza se refleja en las palabras de Emilio, dos semanas antes de fallecer: «Tendré momentos difíciles, y no sé el tiempo que me queda. Sólo pido a Dios que me sostenga a sí. Estoy dispuesto a irme con Jesús cuando él me llame.» Estas palabras deben leerse no como una derrota, sino como una victoria sobre la muerte ya que cuando ésta llega a un enfermo cuyo cuerpo está debilitado, fatigado y dolorido la muerte es su última curación, y le permite marchar en paz. El morir así, revela lo preciosa que es la vida aún cuando se está abandonando.

La fe es la mejor solución, la fundamental, la decisiva para enfrentar el proceso del deterioro de la enfermedad y también la muerte. Pero la fe no se impone. Se tiene o no se tiene. Y cuando se tiene hay que alimentarla a lo largo de toda la vida para que en los momentos más cruciales de la existencia humana podamos usarla.

**El apoyo afectivo.** El ser humano no ha sido creado para vivir en soledad, sino para vivir en comunión. Y la necesidad de esa relación con los demás, se da de una forma más contundente en los momentos más difíciles, haciéndose indispensable. «Me siento arrojado» es la frase que ha repetido una y otra vez Emilio a lo largo de su enfermedad y en los momentos finales de su vida. Con estas cortas palabras estaba expresando lo importante que es sentir cerca la familia, pero también la comunidad de fe, que se interesaba por él de mil maneras: oración, llamadas telefónicas, visitas, etc.

Este apoyo de la comunidad de fe ha sido importante para la familia igualmente y lo seguirá siendo en este proceso de curación interior por la ausencia del ser querido.

La Biblia está llena de ejemplos de la importancia de tener una mano cerca en las horas difíciles de la vida. Sólo recordaré a Jesús ante la eminencia de su muerte cuando toma a tres de sus discípulos para que estén su lado (Mateo 26:36-46).

**En la medida en que vivimos sabiendo que nada nos pertenece, que lo que tenemos es para disfrutarlo y compartirlo con los demás, nos será más fácil partir en el momento de la marcha.**

Es evidente que los amigos y los hermanos que nos acompañan en los momentos más duros de la vida no se improvisan, se deben sembrar y cultivar a lo largo de toda la vida.

**Tomar conciencia de la fragilidad de la vida.** Nunca estamos preparados para la muerte de un ser querido, porque llega sin avisar, siempre nos sorprende como ladrón en la noche. Por ello, debemos recordar que la tierra no es del todo nues-

**Luchar contra el impulso de vivir para nosotros mismos y hacerlo para otros, es elegir la generosidad antes que la avaricia, es vivir con humildad en lugar de buscar la influencia y el poder, es vivir en el amor en lugar de la violencia y, en última instancia, vivir cada día de nuestra vida dando gracias por el regalo de la vida.**

tra patria y que nuestra vida es breve como una flor del campo o una mariposa.

Cada día debemos recordar que no tenemos control sobre nuestra vida ni sobre nuestra muerte y que, en última instancia, sólo Dios sabe el día que nos iremos con él. La vida la tenemos prestada, es un regalo que se nos da durante un tiempo, así como todo lo que tenemos. En la medida en que vivimos sabiendo que nada nos pertenece, que lo que tenemos es para disfrutarlo y compartirlo con los demás, nos será más fácil partir en el momento de la marcha. Más fácil para el que se va y también para la familia y amigos. Es entonces cuando el sufrimiento será compensado por la paz interior. Saber que tenemos que dejarlo todo, que nada es nuestro, el no aferrarnos a todo aquello que poseemos, concienciarnos de que no somos propietarios de nada, ni siquiera de nuestros seres queridos, es una de las claves para prepararnos para la muerte.



### La vida no termina con la muerte.

Una vez llegado al punto en que el ser querido nos ha dejado, y sabiendo que está en un mundo mejor donde como dice Apocalipsis 21:4 «no hay muerte, ni duelo, ni clamor, ni dolor», a nosotros nos toca en la espera del reencuentro, continuar viviendo esta vida lo más plenamente posible y llena de significado.

Tener presente en nuestra memoria a la persona que nos ha dejado, no quiere decir dejar de vivir la vida, sino todo lo contrario. La vida continúa y con la ayuda de Dios, se debe ir recuperando la alegría, buscando todas las formas posibles para vivir plenamente.

Y termino afirmando que el camino para superar no sólo este momento de dolor sino también el temor a la muerte misma, es vivir la vida de tal manera que su significado sea más grande que la muerte. Y este significado es luchar contra el impulso de vivir para nosotros mismos y hacerlo para otros, es elegir la generosidad antes que la avaricia, es vivir con humildad en lugar de buscar la influencia y el poder, es vivir en el amor en lugar de la violencia y, en última instancia, vivir cada día de nuestra vida dando gracias por el regalo de la vida, del amor y por la posibilidad de compartir con otros de forma generosa todo aquello que Dios nos regala.

—José Luis Suárez

## De generación a generación

Ayer enterramos el cuerpo sin vida de mi madre, la crisálida dejada atrás, residuo ya inútil de su existencia anterior a su ascensión a una forma de vida superior. Abuelo yo, asumo que soy parte ya de la generación más anciana de mi familia directa. No recuerdo a mis abuelos maternos, aunque existen fotos (antiguos retratos a blanco y negro, con rostros serios y poses formales) donde ellos y yo coincidimos en esa época anterior a mis primeros recuerdos. Ellos nacieron en la década de 1870. Es previsible que entre las cinco generaciones abarcadas desde el nacimiento de mis abuelos maternos y la muerte del último de mis nietos, se superen con creces dos siglos.

Soy especialmente consciente entonces, en las especiales circunstancias que vivo en estos días, de lo que significa recibir el testigo de una generación previa y pasárselo a las generaciones posteriores.

**Existe tal cosa como un legado espiritual.** La Biblia hace referencia de vez en cuando a bendiciones (y maldiciones) que se traspasan de generación en generación, de padres a hijos a nietos y así sucesivamente. Aunque no cabe ninguna duda de que somos siempre cada cual, en última instancia, responsable de nuestras propias decisiones y valores —nuestra propia vida individual y personal— sería absurdo negar la influencia que sobre nosotros han ejercido nuestros padres y abuelos (y sobre ellos, los suyos desde muchas generaciones atrás). De hecho, parecería ser que existe algo así como memoria genética, donde el estilo de vida, los gustos y las conductas de nuestros antepasados, sin llegar a predeterminar nuestras propias opciones, sí nos predisponen en determinadas direcciones... incluso

aunque nunca hayamos conocido a nuestros padres biológicos.

Si en Éxodo 20.5 el Señor dice que «visita los pecados de los padres sobre los hijos» hasta la tercera y cuarta generación, me resulta inconcebible que algo parecido no suceda también respecto al amor y la dedicación a Dios. Nuestra opción por Dios no sólo redundará en bendición para nosotros mismos, sino que sembramos bendición para que nuestros descendientes disfruten del beneplácito divino resultante de nuestra devoción.

De esto doy testimonio personal, del que no abrigo la más mínima duda. Sé que el amor a Dios que he observado en mis padres, y del que tengo referencia respecto a mis abuelos y bisabuelos (que sirvieron a Dios y a la iglesia con devoción a la vez que se dedicaban a sus granjas y sus familias), es uno de los motivos de la bendición que experimento día a día. No conseguiría explicarme si no, incluso teniendo en cuenta la soberana y libre gracia divina, cómo es posible que yo disfrute de una vida tan llena de bendición, bondad y favor divino. Sé que destila hasta mi propia existencia y la de mis hijos y nieto, el resultado de la felicidad de Dios por el amor que le profesaron mis antepasados —por muchos que hayan sido también sus defectos y pecados.

**Algún profeta bíblico, como Ezequiel** (en el capítulo 18, por ejemplo), consiguió captar la visión de la posibilidad de que cada generación respondiera por sí misma ante Dios sin que su existencia viniera predeterminada por la vida de sus antepasados. Esas profecías marcan un hito en el desarrollo, si no del individualismo, por lo menos del reconocimiento de la individualidad de la existencia e identidad de cada



ser humano. Sin embargo, el caso es que la Biblia contiene también muchos pasajes donde se asume como un hecho irrefutable la continuidad de la identidad familiar, generación tras generación. Por la fe de Abraham, la totalidad de su descendencia gozó del privilegio de «elección divina» hasta que en Cristo la bendición del patriarca se hizo extensiva a todo ser humano que compartiera su fe. Por la devoción que David le profesó al Señor, toda su descendencia gozó de estabilidad dinástica en el trono de Jerusalén mientras duró el reino de Judá.

¡Qué satisfacción produce, entonces, poder suponer que —sea cual sea el legado espiritual recibido de nuestros antepasados—, en la medida que nosotros amemos y sirvamos de todo corazón al Señor, nuestros hijos y los suyos heredarán de nosotros bendición y favor divino! Aunque faltaran otros motivos de gratitud y amor a Dios, pensar en la gracia divina que él promete derramar sobre nuestros hijos ha de inspirar en nosotros una sincera y honda devoción. ¡Que Dios nos conceda vivir delante de él de tal manera que, largas décadas después de que haya cesado nuestra breve existencia mortal, el recuerdo de nuestro amor y nuestra fidelidad sigan inspirando en Dios una especial protección y bendición sobre nuestras familias!

**El pueblo del Antiguo Testamento** no conocía, como sí habría de conocerse en Jesús, la realidad de la resurrección como esperanza de que el individuo desaparecido reanude su vida en una existencia

Cinco generaciones heredando bendición:

Eli Hallman (1893)  
Anna Hallman (1958)  
Dionisio Byler (1970)  
Rebeca Byler (1999)  
Izan Fernández (2004)



posterior. No es que el Antiguo Testamento lo niegue, sino que sencillamente ignora la doctrina de la resurrección. La única esperanza que profesaban en esos tiempos antiguos respecto al futuro más allá de la muerte, era que en algún sentido los difuntos seguían viviendo en su «simiente», es decir, en su descendencia. Hoy día sabemos que esto efectivamente es así, tanto en la genética como en la psicología personal. También es cierto, aunque no sea posible constatarlo formalmente con métodos científicos, respecto al espíritu humano.

Hace cinco años, poco antes de que falleciera mi padre, le comenté —con amor y lealtad filial—, que estaba dispuesto a asumir ese legado espiritual. Que tuviera por seguro que su fe, sus valores, su amor a Dios, tendrían continuidad más allá de su muerte. Entiendo que me corresponde conservar y entregar a mis propios descendientes, ese legado recibido de mis padres y que ellos a su vez habían recibido y conservado y transmitido. El caso es que no abrigo la más leve sombra de duda de que un día todas las generaciones resucitaremos a la vez cuando regrese Jesús, cuya resu-

rrección es garantía de la nuestra. Pero mientras tanto, a la vez, entiendo que mis padres viven en mí, así como yo viviré en mis hijos después de muerto. Me consuelo de la muerte de mis padres observando a mis hijos y mi nieto, sabiendo que ellos también, cuando les toque, transmitirán a sus propios descendientes la fe, la esperanza y el amor que inspiran en la humanidad las palabras, el ejemplo y la vida eterna de nuestro señor Jesús.

**Aunque no se trata de mera mecánica.** Cada individuo escoge su propio camino. Algunos optan siempre por apartarse de la fe de sus padres. A la inversa, otros son adoptados espiritualmente a la familia de Dios y acaban recogiendo el legado y la bendición de un linaje espiritual que les era extraño. El caso es que cuando pienso en los hijos de las personas con que mantengo estrechos vínculos de amor fraternal cristiano, les veo también como «mi familia». Y sospecho que también Dios, por lo menos en cuanto a bendición corresponda, nos hará a todos copartícipes de parecidas bendiciones generacionales.

—Dionisio Byler,  
15 mayo 2004

## Cuando Pablo pasó junto a Troya —Hechos 16,6-15—

En Hechos hay un famoso pasaje donde se nos cuenta cómo Pablo, durante su segundo viaje misionero, recibió en Troas la visión de un varón macedonio que le rogaba: «pasa a Macedonia y ayúdanos» (Hch 16,9). El pasaje tiene cierta importancia, porque marca la decisión de Pablo de cruzar la estrecha franja de mar que separaba la provincia romana de Asia (la actual Turquía) y Europa. La evangelización de Europa se habría decidido en ese momento. Pablo se embarcó hacia Neápolis, y en la cercana Filipos alcanzó para el Mesías a los primeros creyentes europeos.

**No deja de ser importante el lugar** donde estaba Pablo al recibir la visión: en Troas, un puerto de mar. Troas era en realidad el nombre genérico de la región. El puerto se había llamado originalmente Alejandría, en honor a Alejandro Magno. Para distinguirlo de la famosa Alejandría de Egipto, el puerto era conocido como «Alejandría de Troas», y al final simplemente «Troas». A poca distancia del puerto de Troas estaba la ciudad que había sido la capital del reino de Troas en los tiempos heroicos, en el siglo XIII antes de Cristo. La ciudad era llamada Ilión por los griegos. Había dado nombre a la obra más célebre de la literatura griega: la *Iliada* de Homero. Su otro nombre era Troya, la orgullosa capital de Troas. Los versos de Homero sobre «la sagrada Ilión» eran leídos en los templos griegos, en las escuelas, y proporcionaban el trasfondo a múltiples leyendas y fábulas. Homero era la biblia de los paganos.

---

Ciertamente, lo que estaba en juego era un reinado, el reinado de Dios.



Fotograma de la película *Troy*, de la Warner Bros. (2004)

En cierto modo, parecería que Lucas nos está relatando una especie de movimiento inverso en la historia de las religiones. Porque la historia de Troya es también la historia de los comienzos balbucientes de la expansión griega. Una expansión que solamente mucho después de los héroes de Homero habría alcanzado su culminación. Alejandro Magno había conquistado Asia, Persia, Babilonia, Egipto y sus tropas habían llegado hasta la India. La religión y la cultura griegas se habían extendido por todos los nuevos reinos helenistas. Los judíos habían experimentado en propia carne la imposición de la religión griega, hasta el punto de que el templo de Jerusalén había sido profanado por los paganos dos siglos antes de Pablo. Y ahora un judío, Pablo, pasa por Troas para llevar una nueva religión a Grecia y a toda Europa. ¿Estamos ante una repetición de lo mismo de siempre: las religiones y las culturas expandiéndose, imponiéndose a otras, que quedan marginadas y anuladas?

**Las cosas no son tan sencillas.** Los Hechos nos relatan el modo en que las buenas noticias sobre el Mesías Jesús y sobre el reinado de Dios comenzaron a extenderse desde Jerusalén hasta la capital misma del imperio, hasta Roma (Hch 28,31). Ciertamente, lo que estaba en juego era un reinado, el reinado de Dios. Y este reinado no era fácilmente compatible con el reinado del emperador, como los mismos oyentes de Pablo en seguida observaban. El reinado de Dios por medio de Jesús es un desafío a la soberanía de los emperadores romanos (Hch 17,6-7). Cuando Pablo, tras cruzar el Egeo, llega a Filipos, se encuentra con una ciudad que era colonia romana (Hch 16,12), regida directamente por el derecho de Roma, con unos ciudadanos orgullosos de sus privilegios. La palabra «evangelio» se usaba en el mundo antiguo para referirse al anuncio de la llegada del emperador a una ciudad. Pero Pablo no anuncia a los filipenses la llegada de su emperador romano. Les anuncia la llegada del reinado de Dios, mediante la obra de Jesús, el Mesías. De nue-

vo dos soberanías están frente a frente, como antiguamente estuvieron los aqueos y los troyanos.

Sin embargo, este desafío no se va a decidir mediante las armas. Los relatos de Homero nos cuentan el detalle de los combates heroicos, cómo las lanzas de los aqueos y los troyanos penetran no sólo los escudos y las corazas, sino también la piel, los ojos y los cráneos de los enemigos. Con todo detalle, Homero nos indica claramente de qué se trata la guerra. Aunque en la guerra puede haber respeto, honor, y momentos ocasionales de piedad, esa no es la regla general. La guerra trata de otra cosa: de orgullo, de ambición, de odio, de codicia y de muerte. Los buenos pretextos de ambos bandos no ocultan la verdad. La guerra trata de la muerte. Del ruido que hacen los muertos al caer sobre tierra. De los guerreros que se comportan como animales salvajes destrozando a gritos a sus presas. De los derrotados implorando piedad para solamente recibir el golpe final. De los cuerpos que se hacen más deseables a los buitres que a las esposas (*Ilíada* IX, 162). De los campos empapados de sangre. Del destino efímero de los mortales.

**El reinado de Dios se extiende de otra manera.** No destruye, sino que llega para ayudar a los macedonios. No llega para exterminar a los varones derrotados, ni para esclavizar a las mujeres y a los niños. A diferencia de lo sucedido en Troya, los varones macedonios pueden pedir ayuda a Pablo, porque del evangelio no reciben malas noticias, sino verdaderas bendiciones. El reinado no llega destruyendo cuerpos, sino mediante la obra de Dios, que abre los corazones para que las personas puedan recibir la palabra. Y llega también cambiando las cosas, subvirtiendo el orden del imperio, trastocándolo todo. Porque en realidad quien recibe por vez primera el evangelio en Europa no es un *varón macedonio*, sino una *mujer extranjera*. La primera convertida de Europa no es una europea, sino Lidia, una mujer inmigrante, que venía de

**A diferencia de lo sucedido en Troya, [...] del evangelio no reciben malas noticias, sino verdaderas bendiciones. El reinado no llega destruyendo cuerpos, sino mediante la obra de Dios, que abre los corazones para que las personas puedan recibir la palabra. Y llega también cambiando las cosas.**

Tiatira, del Asia, para trabajar en el negocio de la púrpura (Hch 16,14). En la *Ilíada*, las mujeres son botín para los conquistadores, sometidas a las decisiones de los varones. En el evangelio, las mujeres son sujetos que aceptan la fe, y toman decisiones que Pablo mismo tiene que aceptar (Hch 16,15).

Además, la transformación que trae el evangelio no comienza en la acrópolis, en el centro de las ciudades, allí donde el templo y el palacio real, edificadas uno junto al otro (como en nuestro reino de España), deciden la vida de los ciudadanos. El evangelio llega a la periferia. A diferencia de lo que contaban las leyendas sobre los últimos días de Troya, los misioneros cristianos no necesitan los engaños de Ulises ni de la fuerza brutal de los guerreros para traspasar las murallas ni para

**A diferencia de lo que contaban las leyendas sobre los últimos días de Troya, los misioneros cristianos no necesitan los engaños de Ulises ni de la fuerza brutal de los guerreros para traspasar las murallas ni para conquistar el último reducto de la acrópolis.**

conquistar el último reducto de la acrópolis. La primera conversión de Europa sucede «fuera de la puerta» (Hch 16,13), es decir, fuera de las murallas. El reinado de Dios comienza en la periferia de la ciudad. Dios no actúa con los criterios del mundo.

**Allí donde el reinado de Dios llega,** otras soberanías palidecen. Lidia reconoce a un nuevo Señor (Hch 116,15), que ya no es el emperador, a quien se llamaba con ese nombre (*kyrios*). Hay una nueva soberanía, la del reinado de Dios. Pero esta soberanía no trae nuevas estructuras de dominación. Pablo no somete a Lidia, sino que se convierte en su hermano. Ella no era propiamente judía, sino solamente simpatizante del judaísmo, tal como indica la expresión «adorar a Dios» (Hch 16,14). Pero ahora ella hospeda y come con Pablo y sus acompañantes. No se trata de una situación pasajera, como cuando Aquiles hospeda a Príamo durante una noche, para después seguir la lucha a muerte (*Ilíada* XXIV, 486-691). Lo que aparecen ahora son vínculos permanentes. Lidia y los misioneros son hermanos. Unas nuevas relaciones sociales están surgiendo en Filipos. Los enemigos de los misioneros lo dicen claramente: «alborotan nuestra ciudad, y enseñan costumbres que no nos es lícito recibir ni hacer, pues somos romanos» (Hch 16,20-21).

El evangelio que Pablo llevaba era algo distinto de toda imposición cultural o religiosa. Algo que todavía hoy nuestro mundo necesita urgentemente, como el varón macedonio de la visión de Pablo. Todavía hoy, en nuestro mundo, los campos de batalla se empapan de sangre, y la ambición parece gobernarlo todo. Pero todavía hoy Dios sigue tocando corazones, porque busca personas que acepten su reinado para iniciar, desde los márgenes de nuestras ciudades, un nuevo mundo que ningún imperio podrá destruir.

—Antonio González

## Los libros de la Biblia

# Génesis

Con cincuenta capítulos, Génesis es uno de los libros más largos de la Biblia. Es sin embargo uno de los más interesantes y «humanos», en el sentido de que casi todo el libro versa sobre cuatro generaciones de una familia de iraquíes que se marchan de donde vivían, cerca de lo que es hoy Nasiriya, para emigrar a la región fronteriza entre Turquía y Siria. De allí emigran también, esta vez a la región de lo que es hoy Israel y Palestina, donde viven durante una o dos generaciones en distintos lugares, dedicándose a la ganadería trashumante. Al final la familia, a todo esto unas setenta personas, se establece definitivamente en el delta del Nilo.

Pero lo que impulsa la trama del libro es especialmente el tema de la sucesión generacional del papel y los honores de patriarca familiar. El matrimonio que primero se establece en Palestina no tiene hijos, lo cual les preocupa enormemente. El marido, ya anciano, alentado por su esposa, tiene por fin un hijo con una esclava. Pero algunos años más tarde, milagrosamente, la esposa, a todo esto extremadamente vieja, da a luz un heredero legítimo. Éste no se casa, con una prima, hasta los cuarenta bien cumplidos. El matrimonio tiene hijos mellizos, muy diferentes entre sí. El mellizo que nació primero debería, por derecho, heredar el papel de patriarca del clan; pero el segundo se las apaña para hacerse con la sucesión, marginando al mayor así como en la generación anterior había sido marginado el hijo de la esclava.

En la siguiente generación hay doce hijos, y con las irregularidades de la sucesión que ha habido hasta aquí, parece natural preguntarse cuál de ellos será el que prevalezca y se quede con el premio de la sucesión. Uno de los más jóvenes, siendo todavía un chaval, sueña que sus

padres y sus hermanos le rinden honores. A los hermanos mayores esas ambiciones no les hace ninguna gracia. ¿Qué hacen, entonces? Lo raptan y lo venden como esclavo; y le dicen al padre que ha muerto.

Eliminado el chaval ambicioso, quedan otros once para disputarse la preeminencia. El hijo mayor se descalifica como heredero por un asuntillo de alcoba que mantiene con una de las concubinas de su padre. Otros dos parecen descartados por el cabreo que pilla su padre cuando ellos, para vengar la violación de su hermana, matan a todos los hombres de un pueblo después de que el patriarca había llegado a un acuerdo para casarla con el violador. El cuarto, Judá, rompe con la costumbre familiar de casarse con primas procedentes de la vieja tierra, y como si fuera poco, acaba teniendo hijos también con su nuera. ¿Será eso suficiente como para descalificarle a él también?

Mientras tanto, al chaval vendido como esclavo no le van nada mal las cosas en Egipto. Después de algunos tropiezos y un tiempo de cárcel acusado de liarse con la esposa de su amo, acaba nada menos que como primer ministro del Faraón de Egipto. ¡Casi nada! Tiene dos hijos, a los que lleva a ver al abuelo cuando ya está moribundo. Éste, el viejo Jacob, al que quizá la parecerían insuficientemente revueltas las cosas, le vaticina al menor, Efraín, mucha más importancia que al mayor; y luego insiste que, en la sucesión, estos dos nietos sean considerados hijos suyos.

O sea que, ¿quién será el más importante? ¿Judá, el cuarto hijo del que no se sabe si sus irregularidades matrimoniales son del todo descalificantes; o Efraín, el nieto menor y favorito del abuelo? El asunto queda resuelto (más o menos) al final

del libro, en las bendiciones finales que pronuncia Jacob antes de estirar la pata. Todo esto es de especial interés porque, mucho más tarde, habrá en Palestina dos reinos rivales a la vez que hermanados: el del norte, Efraín o Israel; y el del sur, Judá. Pero eso es adelantarnos a otros libros de la Biblia.

Aparte del interés humano, el libro da lugar a profundas e interesantísimas reflexiones acerca de Dios, el ser humano, y la correcta relación entre Dios y la humanidad. No tienen desperdicio los primeros once capítulos, por ejemplo, que a modo de prólogo, narran la creación del universo y dejan claro que el Dios de esa familia protagonista, lo es también de toda la humanidad y de todo el universo.

—D.B.

**En este número**, concluida la serie de artículos de la *Confesión de fe en perspectiva menonita*, iniciamos una nueva serie de artículos sobre diversos libros de la Biblia. Aunque cabe suponer que nuestros lectores ya conocen y leen asiduamente la Biblia, espero que estos artículos puedan aportar alguna perspectiva novedosa o información útil para su comprensión.

—D.B.

EL MENSAJERO es una publicación de la Secretaría de la AMyHCE (Asociación de Menonitas y Hermanos en Cristo en España)

[www.menonitas.org](http://www.menonitas.org)

c./ Estrella Polar, 10  
09197 Quintanadueñas (Burgos)

**Director:** Dionisio Byler

Las opiniones aquí vertidas no son necesariamente las mantenidas por las Iglesias de la AMyHCE ni por el director.

De distribución gratuita por las Iglesias de la AMyHCE.